**Domingo 32º del Tiempo Ordinario (06.11.2016): Lucas 20,27-38**

***‘Jesús enseñaba todos los días en el Templo’.* Y yo escribo ¡CONTIGO!**

Los días seis, trece y veinte de noviembre son los tres domingos que le quedan al año eclesiástico. Con el nuevo adviento, día 27, comenzará el año nuevo de quienes se dicen cristianos romanos. En los tres primeros domingos de noviembre seguimos leyendo a salto de canguro, como ya nos ha enseñado a hacer la ignorante pedagogía bíblica de la nefasta liturgia vaticana, el relato del Evangelio según el Evangelista Lucas.

En estas tres semanas seguiré comentando el texto que nos propone la oficialidad litúrgica, pero sobre todo me voy a releer lo que nos cuenta Lucas desde 19,47 a 21,38. Transcribo el comienzo de esta larga narración: *“Jesús enseñaba todos los días en el Templo. Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la Ley y los principales del pueblo buscaban matarlo. Pero no encontraban el modo de hacerlo, porque el pueblo entero estaba escuchando, pendiente de su palabra”* (Lucas 19,47-48).

Durante muchos domingos de estos últimos meses nos hemos recordado que Jesús y sus seguidores iban de camino a Jerusalén. Pues bien, ya han llegado. Y Lucas nos dice que está ahí para ENSEÑAR. ¿Este ‘subir a Jerusalén y enseñar ahí’, me pregunto, no sería como ir a la Roma vaticana para compartir la enseñanza de Jesús? Sólo con leer este inicio se cae en la cuenta de que Jesús de Nazaret fue un atrevido. Es decir, un sabio y un profeta. Una de las cosas que enseña es lo que leeremos el seis de noviembre en Lucas 20,27-38: aquel asunto de una mujer y de sus siete maridos. ¿Acaso hubo tantos casos de estos matrimonios como para tener que legislar sobre ellos?

En el final de la ENSEÑANZA de Jesús en el Templo leemos: *“Jesús enseñaba en el Templo durante el día. Y por la noche se retiraba al monte de los Olivos. Todo el pueblo madrugaba para ir al Templo a escucharlo”* (Lucas 20,37-38). La presencia del Templo en la narración de este Evangelio es tan reiterativa que todo lector debe preguntarse por qué sucede esto en este texto. Y yo sólo encuentro una razón que la expreso con las palabras de mi interpretación: Para este Jesús de Lucas, el templo se ha quedado vacío y muerto. Y con él también la Ley, sus dogmas y tradiciones se han convertido en polvillo de carcoma. La religión del templo ha muerto, aunque en apariencia sea ella quien se atreva a matar a Jesús.

Después de los sacerdotes, maestros de la ley y ancianos (20,1) y después de los espías a sueldo del templo (20,20), se acercan a Jesús los saduceos (20,27) para interrogarle sobre su manera de pensar, creer y enseñar a propósito de la vida de las gentes después de la muerte. Aquellos saduceos, sin duda buenas gentes y religiosas a su modo, sólo se fiaban de la Ley de Moisés que estaba escrita. Rechazaban toda añadidura posterior. Por eso, guardaban silencio absoluto sobre esa cuestión. Pero se atreven a interrogar a Jesús y así cazarlo con sus dilemas y poder acusarlo, condenarlo y ejecutarlo. Estas gentes de mente saducea ocupaban los puestos de mayor poder dentro del Templo. Para ellos y sus pretensiones, Jesús llegó a ser ‘el enemigo’. Sin embargo, como indica este Evangelista, el Dios de Jesús vive con quienes viven. Con quienes respiran. Aquí. Siempre. Con todos. Con los más debilitados como las viudas. No es el Dios Yavé del Templo, de la Ley, de sus Sacerdotes y de su poder.

 **Domingo 50º del Evangelio de Juan (06.11.2016): Juan 20,1-18**

***Todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros*. ¡El AMoR es AMaR!**

Hemos llegado, de la mano de la escritura y de la lectura, hasta el último capítulo del llamado Evangelio de Juan. Es el capítulo vigésimo. Perfectamente redactado en dos partes y una conclusión: *El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol”* (20,1-18). Luego, la segunda parte: *“Aquel mismo día por la tarde”* (20,19-29). Y la conclusión del capítulo y de este cuarto Evangelio: *“Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido narrados en este libro. Estos han sido escritos para que creamos que Jesús… y para que creyendo tengamos vida para siempre”* (20,30-31).

Muchos lectores caerán en la cuenta de que podemos leer un capítulo más de este Evangelio, el vigésimo primero. Los investigadores señalan con cierta unanimidad que se trata de un capítulo añadido a la redacción primitiva del Evangelio. Existirán muchas teorías que tratan de explicar minuciosamente este dato, pero lo que sí está muy claro es esto: En el capítulo vigésimo se narran las apariciones del resucitado Jesús en Jerusalén en la mañana y en la tarde del primer día de la semana. Y en el capítulo vigésimo primero las apariciones del mismo Jesús suceden, poco después, en Galilea, junto al lago o mar de esta región.

Escuchamos el relato de lo sucedido, según este evangelista, en la mañana del primer día de la semana, nuestro llamado domingo (20,1-18). En apariencia casi todo nos suena conocido por habérnoslo leído ya en los Evangelios sinópticos. Sin embargo, las contradicciones existentes no nos permitirán nunca llegar a la historicidad de los hechos. Nos iluminará mucho leer también ahora Marcos 16,1-8. Y lo único en lo que ambos narradores coinciden es en la presencia de María Magdalena en el sepulcro vacío. De todo lo demás que nos cuenta Juan nada se nos dice en el Evangelio de Marcos. Y viceversa. ¿Por qué esto es así? ¿Quién se atreve a explicarlo con la coherencia de la verosimilitud? ¿Qué sucedió en la realidad?

Si alguien se atreviera a leer todo cuanto se ha escrito en los veinte siglos últimos de la historia del mundo sobre este relato de Juan y su semejante en Marcos llegará a calentarse tanto la cabeza que se extrañará de tener tan atrofiadamente helados sus pies y se sorprenderá de no poder caminar. A estos textos se les llama relatos de apariciones del resucitado. Y hay que hablar con la delicada transparencia de la honradez, porque se puede hacer. El muerto y sepultado Jesús de Nazaret no se apareció nunca a nadie. Esta confesión no la hago yo, ni me la he inventado. Esta es lo que afirma el primer relato del Evangelio de Jesús que es Marcos (16,1-8).

El muerto y sepultado Jesús no se apareció a nadie. Ni a María Magdalena, ni a las mujeres, ni a los once, ni a Pedro… Pero sí es muy cierto y muy revolucionariamente milagroso que Jesús de Nazaret se apareció a todas estas personas en los días de su vida en los primeros años del siglo primero y en aquella tierra de su Galilea, Samaría y Judea. Esta fue su auténtica, y única, aparición. Por esto, en esta semana me voy a leer las veces que pueda este relato de Juan 20,1-18 teniendo delante toda la vida de Jesús que cuenta este mismo Evangelista. Y yo quiero comprender qué significó este Jesús en la vida de esta Magdalena y de los demás. Creo que ellos entendieron todo esto en aquel ‘amaos unos a otros’. **Carmelo Bueno Heras**